



vuelva eso también y les proteja culturalmente, que es lo que estos señores del P.P. quieren no hacer.

Javier Yagüe.- Estoy de acuerdo con el concepto de Guillermo sobre la alteridad. Pero me preocupa que se llegue al conformismo. Siempre soy muy respetuoso con todas las propuestas, pero llevo una temporada con ganas de entrar en lucha por lo que uno cree, una lucha estética, a costa incluso de tener que decir claramente lo que a uno no le gusta. Estoy harto de ver los anuncios de *Es mi hombre* en la

televisión, porque estoy seguro de que eso hará que se llene ese teatro, pero también que no vayan espectadores a muchísimas otras salas, porque da una imagen antediluviana del teatro. Hay cosas que me parece muy bien respetarlas, pero hay que ir contra otras en un momento dado.

Guillermo Heras.- Si tuviéramos un Estado que se preocupara de la alteridad, en la televisión saldría *Es mi hombre*, y al lado *Salvia*. Pero por mucho que haga Telemadrid, que cobra una cantidad más baja, tú no la puedes pagar. ¿Qué pasa entonces? Que te están censurando. Eso es censura neoliberal. O sea, que por muy demócratas que sean los meapilas que están en la derecha española, no olvidemos de dónde vienen. Además, en esta etapa he podido hablar con muchos políticos de un segmento del arco parlamentario, discrepando; y con otros no he podido hablar nunca, entre ellos la señora concejala de cultura del Ayuntamiento de Madrid, doña Esperanza Aguirre, que tiene por costumbre despreciar no recibiendo, y así no existen los problemas. Por eso, sí que vamos a peor.

Redacción ADE-Teatro.- Bien, creemos haber llegado al final. En nombre de nuestra revista, os damos las gracias por vuestra participación y por vuestra actitud. Realmente es difícil encontrar en estos tiempos un grupo de personas capaces de respetar los turnos de palabra y de escucharse. Vosotros lo habéis hecho y por ello os estamos doblemente agradecidos.

Notas adicionales a un debate

Por Eusebio Lázaro

Aunque cada vez me he mantenido más ajeno -y por tanto más aislado- de manifiestos y debates, acepté asistir a este casi postrero -al menos de una etapa- de la ADE, en recuerdo de los albores de la Asociación, cuando el fallecido José Luis Alonso la acogió en los salones del Teatro María Guerrero.

No pude quedarme hasta el final, de manera que no sé cuáles fueron las conclusiones, si las hubo. Por ello, quisiera añadir algo a lo que improvisé en mi breve intervención.

Parece claro que existe cierto clima de *finale* entre algunos profesionales que han incidido de una manera o de otra en el desarrollo del teatro público durante esta década. Y es comprensible esa preocupación ante el temor de una posi-

ble disminución -incluso desaparición- de la ayuda estatal al teatro, sobre todo, en aquellos sectores que cifran su supervivencia en el mantenimiento de dicha ayuda.

Se añora -o mejor se anhela, ya que difícilmente podemos añorar lo que jamás tuvimos- una normalización de la de la vida cultural semejante a la de Francia o Alemania, en donde el cambio de gobierno no altera la preservación cultural ni conlleva la automática colocación de correligionarios o cofrades.

Desde mi incómoda perspectiva de artista independiente, he sufrido los vaivenes de la política y de los políticos, mis propuestas han sido desoídas tantas veces como he prestado mi voz a sugerencias, consultas u opiniones. Por esa misma independencia no he tenido, como creador, más

interlocutor que el público. Pero, incluso este último, cuando he logrado congregarlo masivamente en un montaje, me ha sido escamoteado por mor de la «ingeniería escénica» de programadores o gestores culturales que Dios confunda.

Por eso, me gustaría dejar claro en estas notas mi postura y más en estos tiempos en los que veremos abundancia de relapsos, apóstatas y conversos.

Abjurar en las postrimerías, de todo lo realizado en la etapa anterior, suele ser una manera poco ética de abandonar el barco del naufragio; por eso, y aunque yo bogo en mi frágil barca, no lo creo ni pertinente ni eficaz. Creo, eso sí, que se ha perdido una gran oportunidad de establecer unas bases más estables, de aprovechar trabajos y esfuerzos valiosos propiciando una continuidad más plena de sentido y más conectada con las necesidades de nuestro desarrollo cultural. He echado en falta, por otra parte, las voces y los debates de todos los colectivos en que se agrupan los sectores teatrales para tratar de controlar, o al menos influir, en la utilización de los recursos cuando estos caían como lluvia benéfica en determinadas personas y estamentos.

Esta situación, mantenida hasta la fecha, me ha colocado a menudo en la disyuntiva de dar por perdido el empeño de realizar un teatro de mayor calado artístico poniendo en pie grandes compañías con mínimos recursos.

De ahí que ante la incógnita de lo venidero, renuncie a lanzar sondas ni mensajes para ser admitido como comensal en los nuevos Symposiums.

Sigo pensado como al final de la década de los 70, cuando inicié la tarea un tanto pionera -entonces pareció pintoresca- de traer directores y profesores de Inglaterra y de Alemania con el fin de perfeccionar mi técnica teatral y la de aquellos profesionales que querían abrirse hacia nuevas maneras artísticas y salir del aislamiento cultural en el que nuestro país había vivido. Entonces, como ahora, me alejaba más de planteamientos estrictamente políticos, para insistir y abundar en la que creía y creo la mejor política: la de profundizar y avanzar en un esfuerzo personal ímprobo y, desde luego he conocido la soledad del corredor de fondo.

Es evidente que comparto las opiniones que se suscitaron en el debate en el sentido de que el Estado tiene el deber indeclinable en ayudar al teatro y a la cultura, pero desgraciadamente no creo que los gobiernos se plieguen a hacerlo sin querer figurar en la foto, es decir sin querer instrumentalizarlo.

Ello evidencia en muchos de nuestros políticos -de uno u otro signo- una minoridad, tanto en edad política como cultural; una cierta tendencia hacia la deformación con respecto a Europa -todavía sigue, ¡ay! vigente la teoría vallein-clanesca de los espejos deformantes-.

Tampoco disponemos de una burguesía ilustrada, de unas clases medias cultivadas que hayan asumido el teatro como ceremonia cívica y, por ende, nuestro cuerpo profesional, dista mucho de poseer una preparación cultural técnica y estética homologable con las de la perseguida Europa. Dicho sea todo esto con las debidas y respetables salvedades de rigor.

Respecto a la tan llevada y traída política de subvenciones, siempre he creído que mantenían un principio de per-

versión; ni las comisiones que las otorgaban me parecían adecuadas, ni el criterio de polución -en cuanto al desparpame- permitían abordar ningún proyecto serio ni en continuidad; eran sólo pan para hoy y con razón se teme la carestía para mañana. Precisamente lo que hay que eliminar no son las subvenciones o las ayudas a la creación teatral, sino el sistema, los criterios con que se otorgan. Y no me refiero exclusivamente a los de partido, pues es notorio que los socialistas no las han escatimado a preclaros solicitantes conservadores.

Por eso, que se me permita ser escéptico en cuanto a las consultas, mesas, debates y diálogos -refiero a los institucionales, no a los internos-: nuestro teatro está precisando una renovación desde dentro. Una superación estética, una emergencia del talento, tantas veces eclipsado por máscaras políticas de uno u otro color. Un rechazo a la banalidad y al casticismo; en definitiva, un verdadero compromiso estético.

Por último, que el público juzgue no es, necesariamente, perverso; es un principio elemental del teatro. Lo que sí lo es, y en grado sumo, es el criterio que programa lo que se da a juzgar. El fenómeno de la degradación de las mayorías es responsabilidad compartida de quienes programan y de quienes realizan lo programado. El teatro siempre ha tenido una diversidad de públicos como lo tiene de géneros. Sería intolerable en una sociedad democrática excluir a un público o un género. El «panem et circenses» no parece la fórmula más apropiada para llevar a cabo un programa cultural. Nos tocará luchar pues, para que no se premie una clase de teatro en detrimento de otra, un público en perjuicio de otro. Habrá que exigir en fin a los políticos que salvaguarden el derecho de la diversidad aunque no les alcance a sus gustos o intereses.

